

CAPITULO ALFONSO

LA MUERTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FACULTAD DE LETRAS
SAN ANTONIO, NUEVO LEON

LA MUERTA

¡La había amado con el alma entera! ¿Por qué se ha de amar? Es bien raro no ver en el mundo más que una sola persona, no tener en la mente más que un pensamiento, un deseo en el corazón, un nombre en la boca: un nombre que sube incessantemente, que sube, como el agua de un manantial, de las profundidades del alma, que sube á los labios y que se pronuncia, se murmura sin cesar, en todas partes, como una oración.

No contaré nuestra historia. El amor sólo tiene una, siempre igual. La había visto y amado. Durante un año viví entre sus brazos, envuelto en sus caricias, acostumbrado á su cariño, á sus miradas, á sus palabras, á toda su persona; viví como pri-

sionero de ella, bendiciendo mi cautiverio y tan absorto en su ternura que no sabía si era de día ó de noche, si estaba vivo ó muerto, si en la tierra ó en otra parte.

De pronto murió. ¿Cómo? No sé, ya no sé.

Entró mojada un día de lluvia, y al día siguiente tosía. Tosió cosa de una semana y se quedó en cama.

¿Qué ocurrió? No me acuerdo.

Acudían médicos, recetaban, se iban. Traían medicinas; una mujer se las hacía beber. Sus manos ardían; su frente estaba siempre húmeda de sudor; tenía los ojos brillantes y tristes. Le hablaba y me respondía. ¿Qué nos dijimos? No sé. ¡Todo lo he olvidado, todo, todo! Murió. Recuerdo perfectamente su débil suspiro, el último. La enfermera, exclamó: «¡Ah!» Comprendí, comprendí.

No me acuerdo de más. Vi un cura que dijo: «Su amante.» Me pareció que la insultaban. Ya que había muerto no había derecho á hablar de ello. Le arrojé de casa. Vino otro, muy bueno, muy cariñoso. Lloré cuando me habló de ella.

Me consultaron mil detalles del entierro. No me acuerdo bien. Sólo recuerdo el féretro; los martillazos de cuando la clavaron dentro. ¡Ah, Dios mío!

¡La enterraron! ¡Enterrada! ¡Ella! ¡En aquel agujero! Asistieron algunos amigos. Huí. Corrí. Anduve muchas horas por las calles. Luego volví á casa. Al día siguiente emprendí un viaje.

Ayer volví á París.

Cuando volví á ver mi cuarto, nuestro cuarto, nuestra cama, nuestros muebles, toda aquella casa en la que quedara todo lo que resta de la vida de un sér después de su muerte, sentí un pesar tan intenso que poco faltó para arrojarme por la ventana. No pudiendo permanecer en aquel sitio, entre aquellas paredes que la habían abrigado, encerrado y que debían guardar en sus invisibles resquicios mil átomos de ella, de su carne y de su aliento, tomé el sombrero y huí.

De pronto, cuando iba á pasar la puerta, me fijé en el gran espejo del recibidor, el espejo que ella había mandado colocar allí para verse de pies á cabeza al salir, para ver si el vestido le sentaba bien, si estaba linda y correcta desde las botas al sombrero.

Me detuve ante el espejo, que tantas veces la reflejara, tantas, que era natural que hubiese guardado su imagen.

Permanecía allí en pie, estremecido, fijos los ojos en el cristal, en el cristal plano, profundo, vacío, pero que la había contenido por completo, poseído tanto como yo, tanto como mi mirada apasionada. Me pareció que amaba aquel espejo, lo toqué. ¡Estaba frío! ¡Oh! ¡el recuerdo! ¡El recuerdo! Espejo doloroso, espejo ardiente, espejo vivo, espejo horrible que hace padecer tantos tormentos! Dichosos los hombres cuyo corazón, semejante á un espejo donde se deslizan y borran los reflejos, olvida cuanto ha contenido, todo lo que pasó ante él, cuanto se ha mirado, contemplado en su aficción, en su amor! ¡Cómo padezco!

Salí y á mi pesar, sin quererlo, sin pensarlo, fui al cementerio. Hallé su tumba, muy sencilla, y la lápida que decía: «Amó, la amaron y murió.»

¡Estaba allí, allí debajo, descompuesta! ¡Qué horror! Sollozaba con la frente hundida en el polvo.

Permanecí mucho, mucho rato. Luego noté que anocheecía. Entonces un deseo extraño, loco, un deseo de amante desesperado se apoderó de mí. Quise pasar la noche, una última noche, llorando so-

bre su tumba. Pero me iban á ver, á echarme. ¿Cómo evitarlo? Fui astuto. Me levanté y empecé á errar por aquella ciudad de los desaparecidos. Andaba, andaba. ¡Cuán pequeña es esta ciudad comparada con la de los vivos! Y, sin embargo, son mucho más numerosos que los vivos, los muertos. Necesitamos casas altas, calles, mucho sitio para las tres generaciones que viven á un tiempo, beben el agua de las fuentes, el vino de las viñas y comen el pan de las llanuras. Y para muchas generaciones de difuntos, para toda la escala de la humanidad que ha llegado hasta nosotros, un campo, casi nada. La tierra se los traga, el olvido los borra. ¡Adiós!

Al extremo del cementerio habitado—si vale la frase—advertí de repente el cementerio abandonado, aquel donde los viejos difuntos acaban de mezclarse á la tierra, donde hasta las cruces se pudren, donde irán á parar, andando el tiempo, nuevas generaciones de muertos. Está lleno de rosales, de ciprés vigorosos y negros, un jardín triste y soberbio, alimentado con carne humana.

Estaba solo, bien solo. Me oculté entre las ramas de un árbol. Sus hojas me ocultaron del todo.

Y esperé, agarrado al tronco como un naufrago á una tabla.

Cuando hubo cerrado la noche, abandoné mi refugio y eché á andar despacito, á pasos lentos, sor-dos, sobre aquella tierra repleta de muertos.

Anduve mucho, mucho, mucho. No encontraba la tumba de ella. Andaba con los brazos extendidos, dilatados los ojos, topando contra las tumbas con las manós, con el pecho, con la cabeza, y no la encontraba. Tocaba, palpaba, como un ciego que busca el camino; palpaba piedras, cruces, verjas de hierro, coronas de cuentas de vidrio, coronas de flores mustias. Leía los nombres con los dedos, pasándolos por las letras. ¡Qué noche! ¡Qué noche! ¡No la encontraba!

¡No hacía luna! ¡Qué noche! ¡Tenía miedo, un miedo cerval en aquellos senderos formados por dos filas de tumbas. ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Siempre tumbas! ¡A derecha, á izquierda, delante de mí, en torno mío, por todas partes tumbas! Me senté sobre una de ellas porque no podía andar; flaqueábame las rodillas. Oía latir mi corazón. ¡Y oía

otra cosa además! ¿Qué? Un ruido confuso, sin nombre. ¿Provenía de mi cerebro enloquecido, de la noche impenetrable, ó del suelo misterioso, del suelo sembrado de muertos? ¡Miraba en torno aterrorizado!

¿Cuánto tiempo permanecí allí? No lo sé. Me sentía paralizado de terror, loco de espanto, próximo á gritar, próximo á morir.

De súbito me pareció que se movía la lápida de mármol en que estaba sentado. Sí, se movía, como si trataran de levantarla. De un salto me puse en pie y vi, vaya si lo vi, que la piedra se levantaba; y apareció el difunto, un esqueleto que la empujaba con la espalda. Veía, veía muy bien, por más que la noche era muy oscura. En la cruz pude leer:

«Aquí descansa Jaime Olivand, muerto á los cincuenta y un años. Amaba á su familia, fué honrado y bueno y murió en la paz del Señor.»

El difunto leía también el epitafio de su tumba. Luego recogió una piedrecita, una piedrecita puntiaguda y rascó con cuidado aquellas palabras. Las borró del todo, mirando con sus ojos vacíos el sitio en que estuvieron, y con el extremo del dedo que había sido su índice, escribió en letras luminosas como esas líneas que se trazan en la pared con un fósforo:

«Aquí descansa Jaime Olivand, muerto á los cincuenta y un años. Apresuró con sus malos tratos la muerte de su padre á quien anhelaba heredar, atormentó á su mujer, á sus hijos, engañó á sus vecinos, robó cuanto pudo y murió miserable.»

Al acabar de escribir, el muerto contempló inmóvil su obra. Y noté, volviéndome, que todas las tumbas estaban abiertas, que todos los cadáveres habían salido, que todos habían borrado lo que escribieron sus parientes y puesto en su lugar la verdad.

Y advertía que todos fueron los verdugos de sus allegados, envidiosos, hipócritas, embusteros, calumniadores, perversos; que habían robado, engañado, realizado toda suerte de actos abominables. ¡Y se les llamaba buenos padres, esposas fieles, hijos cariñosos, jóvenes castas, comerciantes probos!

Y todos escribían al mismo tiempo en el umbral de su morada eterna, la cruel, la terrible, la santa verdad que todo el mundo ignora ó finje ignorar en la tierra.

Pensé que también *ella* la habría escrito en su tumba. Y ya sin miedo, corriendo entre los féretros entreabiertos, los cadáveres, las losas, fui hacia ella, seguro de hallarla en seguida.

La reconocí de lejos, sin ver el rostro tapado por el sudario.

Y en la cruz de mármol donde antes leyera:

«Amó, fué amada y murió,»

vi que había escrito:

«Salió un día para engañar á su amante, la caló un chubasco y murió.»

Parece que me recogieron inanimado, al amanecer, junto á una tumba.

.....

FIN